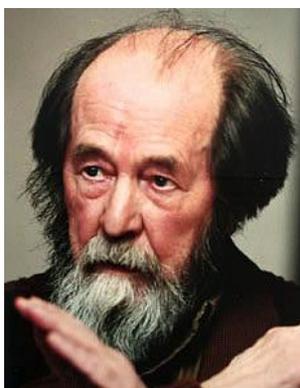


LOS QUE TRABAJAN POR LA PAZ

En las Naciones Unidas, con muy escasas facultades ejecutivas, se producen alguna vez acontecimientos de indudable significación histórica, como el que ha tenido lugar recientemente con el reconocimiento e integración en su seno de las dos Alemanias —República federal y República democrática— como Estados igualmente soberanos e igualmente independientes. Ello es, sin duda, consecuencia de la distensión ruso-americana y también de la política del Canciller Brandt en relación con el Este. En tiempos más calmados que los actuales, en los que la capacidad de atención de todos no estuviera desbordada, tal acontecimiento habría centralizado la atención de la vida internacional; pues esta situación planteará con luz nueva la relación entre las dos Alemanias —que aún no tienen tratados definitivos de paz con sus antiguos vencedores— y la de cada una en el mundo. Porque no hay que olvidar que estos dos Estados, separados o unidos, han tenido, desde el siglo XIX un peso decisivo en la historia de Europa. Mas por desgracia las resoluciones de la ONU, ya se trate de problemas de descolonización, de litigios entre pueblos o del establecimiento de normas generales, carecen hasta la fecha de virtualidad por ausencia de una autoridad suprema a la que estén dispuestas a someterse todas las naciones. Así, por sólo referirnos a algunos, señalaremos el conflicto de las aguas jurisdiccionales para la pesca, el pleito entre Inglaterra y España en relación con Gibraltar (que nunca han pasado del nivel de declaraciones verbales y teóricas) y las permanentes tensiones de Oriente Medio, donde se ha producido un nuevo estallido de guerra.



La paz, pues, no puede escaparse sólo de ese organismo internacional con tan precaria autoridad; y todos los hombres de buena voluntad han de trabajar para conseguirla. Un grupo de escritores y científicos rusos, que se vienen distinguiendo por su lucha a favor de los derechos humanos en la Unión Soviética, ha tenido la iniciativa de solicitar el Premio Nobel de la Paz a favor del eminente físico Andréi Sakharov. En todo el mundo se ha hecho pública la carta dirigida a la Academia Sueca por el Premio Nobel de Literatura del año 1971, **Alexander Solzhenitsyn**, razonando esa petición. Al enviar su carta, Solzhenitsyn piensa estar haciendo uso del derecho que su condición de Premio Nobel le concede, aunque en rigor tal vez ese derecho no pueda, o no suela, reconocerse más que cuando se trate de personalidades que se hayan distinguido en las tareas en las que sea un valor el propio recomendante. Así entendidas las cosas, Solzhenitsyn estaría legitimado para recomendar un Premio Nobel de Literatura, pero no uno de Física ni, como ahora es el caso, un Premio Nobel de la Paz. Pero todo esto no parece importarle demasiado a Solzhenitsyn; lo que a él le interesa, sin duda, es lanzar al mundo su propio mensaje pacífico.

El fondo de esta carta que comentamos consiste en situar frente a la oposición tradicional de «guerra y paz» lo que al escritor ruso le parece más vigente entre «paz y violencia». Porque Solzhenitsyn no cree que la guerra propiamente dicha, la guerra general, amenace hoy al mundo, ya que el «equilibrio del terror» —la equivalencia de una fuerza destructiva absoluta por parte de los Estados Unidos y la Unión Soviética— hace muy improbable, si no completamente imposible, esa forma de destrucción de la paz. La paz, en cambio, se ve constantemente amenazada, perturbada, erosionada, y aun

destruida por el ejercicio de la violencia a cargo de grupos étnicos rivales, organizaciones revolucionarias y sistemas represivos de ideología opuesta dentro de los Estados e incluso por prácticas sociales de opresión que, inevitablemente, conducen a otras equivalentes de rebeldía. Al efecto recuerda Solzhenitsyn los actos de piratería aérea, de guerrilla urbana o internacional, de intervención policial de unos Estados en otros, de conflictos raciales, de represiones preventivas o punitivas que en los últimos años han afectado tanto a los países del campo socialista como a los del campo capitalista y con mayor frecuencia a los del tercer mundo; así como también a los de terrorismo anónimo y difuso. Bastaría referirse a la India, a Yugoslavia, Indochina o Checoslovaquia, a Biafra, al Uruguay —pasando por cientos de atracos aéreos o atentados terroristas a cargo de «comandos» de toda especie— para que nadie necesite de otras pruebas respecto a la auténtica gravedad del problema planteado por el gran escritor ruso.

¿Y cómo remediarlo? Desde su condición de escritor a Solzhenitsyn no se le pueden ocurrir más que recursos de carácter moral relacionados con el comportamiento humano: condenar a los violentos, premiar a los pacíficos, y crear y difundir así un ambiente universal de recusación de la violencia y de exigencia de la paz. No está al alcance de su mano procurar otras cosas. Él es un profeta inerme, como lo son todos los que sufren persecución y aspiran a la libertad a través de la razón. Pero, por paradójico que parezca, la acción concertada de los profetas inermes inspira la idea de la paz probablemente más que la acción represiva, ya que ésta, al fin y al cabo, vuelve a poner la violencia en el mismo lugar del que ha querido desalojarla.

Con la violencia es la miseria fuente de estos y otros conflictos. La figura del sociólogo brasileño **Josué de Castro** —el apóstol de los hambrientos del mundo—, especialista en los problemas de la alimentación mundial —moralista— se ha proyectado especialmente sobre los pueblos del Tercer mundo y ha llegado a ocupar una relevante posición universal. Su libro «*Geopolítica del hambre*» —traducido a todas las lenguas— es considerado por el rigor de los conocimientos de su autor, y por la exactitud y elocuencia de sus datos, como una especie de Evangelio para una de las más graves cuestiones sociales y económicas de nuestro tiempo. Ninguna de las muchas otras obras, informes colectivos o manifiestos publicados sobre problemas de ecología, población, alimentación, política del Tercer mundo y futurología, han dejado de mencionar el nombre de Josué de Castro —por desgracia desaparecido hace sólo unos días— ni de utilizar sus estudios y sus ideas claras y generosas.



NOTA:

Con la injusticia y la subversión, existe ya, de hecho, una situación de guerra general —el terrorismo a escala mundial— entre los hombres con un odio siempre en aumento.

Crear y difundir un ambiente universal de recusación de la violencia y de exigencia de la paz.

(*La Vanguardia*, 17 octubre 1973.)